

NEUQUÉN BLUES

A la salida del puente, el auto rojo aceleró y tomó la curva hacia la derecha, entre una nube de polvo rumbo a Centenario. Estaban en Neuquén.

El viento soplaba del este y barría el puente y el follaje de los álamos que bordeaban la curva desplazando la arena suelta de la barda del río, el humo de las chimeneas del caserío que se adivinaba por los techos en el fondo del valle, y la tierra de sus raquíticos jardines.

Ella empezó una conversación respecto de la etimología de la palabra alameda; no tuvo respuesta.

El auto irrumpió en el correr alocado del viento provocando turbulencias que arrojaron grava y hojas lejos de la cinta de asfalto.

Se detuvieron trescientos metros más allá del puente, frente a un puesto de pan casero.

Si hubieran ignorado los carteles verdes de la carretera, el viaje hasta la Patagonia se les habría ocurrido una pesadilla en la cual viajaban por el Medio Oriente sin llegar a ninguna parte. Pero no, las anotaciones de bitácora se limitaban a registrar \$15 de peaje hasta Luján, y una noche de alojamiento en Santa Rosa. Sólo eso.

Ella no tenía ganas de repetir la rutina de tantos años de copiloto, con sus anotaciones ridículas que solo servían para confirmar el dinero que se había gastado, y algún dato curioso que nadie quería escuchar.

Kilómetros de desierto, médanos, arbustos grises, secos y achaparrados, alguna elevación de piedra, un mallín más imaginado que visto reverberando al sol como un oasis, los controles de frontera donde buscaron y rebuscaron en el baúl, detrás y debajo de los asientos, frutas o verduras como si fueran armas. Mil kilómetros de viaje y el tedio silencioso de la pareja. Y el viento siempre.

Encontró al auto rojo apenas éste salió de Santa Rosa, y lo acompañó golpeándole el lateral izquierdo, y obligando al conductor a corregir la dirección del vehículo.

No contento con golpear fuerte e incesantemente, se colaba por las tomas de ventilación y aullaba en el habitáculo como si fuera el hálito, o mejor dicho el espíritu de aquellos guerreros que robaron los caballos del español y recorrieron esos páramos, libres, salvajes, conquistadores, ensordeciendo el silencio con sus gritos hasta ser exterminados por los ancestros de los que ahora viajan en auto, y el viento los vengara empujando, aullando, lastimando oídos, ojos y piel. Todo esto pensaba ella. Él sólo dijo: "viento de mierda, me va a volver loco".

El hombre del auto rojo le compró una hogaza de pan a una mujer oscura, achaparrada, que no lo miró y sólo contestó con monosílabos guturales. Una mujer que el hombre hubiera olvidado si no fuera por el hermetismo que no pudo descifrar.

Algo en la postura de su espalda o en la velocidad del paso con el que volvió al vehículo hablaba de su incomodidad. La mujer del pan era parte de ese paisaje, y él lo era de ese disturbio rojo contra el

esporádico verde plata de los álamos y el constante ocre de la inmensidad que definía la cinta oscura del asfalto.

Puso el pan sobre el regazo de su acompañante, y continuó el viaje sin mirarla.

Paró por segunda vez en otro remolino al ingresar a la estación de servicios que le había indicado la mujer del pan. Allí vendía su niña, según creyó entender, pero ya no le importaba. Nafta, baño y una sorpresa: en Neuquén no hay agua para mate, sólo ésa que ofrecen de la máquina Express y que sale a temperatura de infierno.

Volvió al auto furioso, enceguecido, insultando y maltratando a los que se le cruzaban, y arrancó de golpe.

La mujer estaba mirando el mapa, más por costumbre que por ayudarlo, cuando sintió el impacto, y vio volar una caja de cartón que desparramaba su carga en cámara lenta. "Tortas al rescoldo", pensó. Se bajó, y se quitó los lentes oscuros que le tapaban la cara. Miró sin poder creer el cuerpo golpeado de la chiquita oscura. "Parece un muñeco de terracota", pensó. Miró a su marido. Los hombros estaban caídos, la espalda ya no estaba ni tensa ni incómoda. "Derrotado", pensó.

Él la miró; por primera vez en el día, la miró a los ojos.

Sabía que había librado esa batalla con el viento y que se había distraído. No fue el viento sino el auto rojo el que lo detuvo en esa alocada carrera. Y lo detuvo el tiempo suficiente para verla entrar a la oficina y hablar por teléfono.

Antes de que llegara la policía, ella se subió al auto que había venido a buscarla desde la ciudad, y desde allí le dijo adiós con un imperceptible movimiento de la mano, como si se espantara una mosca posada en su nariz.